

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Agosto de 1932

Núm. 90

Domingo Melfi.

SIN BRÚJULA (1)

(FRAGMENTOS)

CONCIENCIA DE SUMISIÓN

«**É**STA mansedumbre proverbial de los chilenos...» escribía Zapiola en 1830. Pero la historia delata la angustia del aborígen que es siempre un perseguido. Durante la Colonia vegeta bajo el látigo o la lanza de los conquistadores. La Colonia es un nido de intrigas; una noche cerrada sobre un valle humano, miserable. Un gran cuartel; un gran templo. Siempre la extorsión, la sumisión, el látigo. América hispana es un vasto campo de persecuciones. El pechero viola, incendia y mata. La india es carne de hartazgos para

(1) Se intenta en este Ensayo, cuya extensión impide su publicación total en esta Revista, el esquema de nuestra crisis moral. Los fragmentos que ahora entregamos, aunque no den una idea completa acerca del cuadro general, representan la aproximación necesaria para comprender el camino en que se ha desenvuelto nuestra sociabilidad y las profundas y acaso decisivas etapas que ha atravesado hasta alcanzar la proximidad de la barranca en cuyo borde nos debatimos hoy, desesperadamente. *Sin Brújula* es algo más que un mero entretenimiento. Es la expresión de una dolorosa inquietud cuya parte más vital corresponde a un intenso amor a la tierra en que se vive. Aun a través de un proceso crítico riguroso, se aspira, en la medida de las fuerzas, a construir una esperanza. Y por lo mismo que se trata de un intento, es susceptible de pasión y de error. Nos falta la brújula en el barco que se mueve en un mar espeso y sañudo, cercado por oscuros horizontes de tormenta. Encontrarla o reponerla es misión que corresponde a todos.

la lascivia de los triunfadores. Más adelante, oidores, prelados y capitanes viven en los sordidos caseríos, intrigando o chismorreando. No hay grandeza humana alguna, fuera de esa gesta bárbara de matar indios en los reductos de la frontera.

En medio de paisajes de alto esplendor, se endurece el alma bravía de los ávidos capitanes. Son los amos de las llanuras y de los cerros, los señores del estrecho país solitario que apenas decoran las rucas grises en los valles encajonados. Las casonas bajas, achaparradas, alineadas a lo largo de estrechas y polvorientas vías, imponen una sumisión espiritual con su aspecto pesado y monótono. El vasto silencio virgen espolea la fiebre de riqueza y de conquista. Los días y las noches se aplastan iguales, sobre esta contienda inexorable de persecución y de exterminio. El alba los arroja de las tiendas a través de hirsutos caminos que ensancha la espada y la noche los recoge fatigados y duros, con las armas tintas en sangre de bárbaros. Las ciudades apenas se insinúan y luego se borran. Rige la ley de la errancia, del vagabundaje. La trágica ley del poderoso que impone sumisión, silencio.

Este silencio está quebrado de estertores. No es el silencio de una naturaleza en expectación, sino el sordo silencio del dolor y la protesta. Un silencio hecho de odio, de amargura. Aun las propias imágenes que más tarde decoran los templos, son tétricas y sombrías. Su silencio es horripilante y la oblicuidad de sus pupilas parece copiada en el extremo gesto del agónico. En adelante, junto con la sangre transmitida, irá el latido de extrañas neurosis y de inexplicables sumisiones.

La Colonia carece de grandeza espiritual, de piedad. Se inicia con la censura, a hierro y sangre. Sobre el alma indómita, ya rebelde, cae el látigo que abre el surco sanguinolento de un rencor implacable. No queda huella de formas, sino la profunda e invisible que

roe en el alma torva, como un gusano. Ni una sola vez se levanta un credo libertador que indique la norma de posteriores idealismos. Oscuros caseríos que son cuarteles, avanzadas vacilantes sobre el camino, para descanso y vigilancia de los conquistadores. Con un solo estremecimiento se deshacen y desaparecen. Porque toda la arquitectura está en la soberbia, en la arrogancia, en la avaricia, en el orgullo sanguinario. Los templos mismos son construcciones primitivas, sin agilidad, sin nobleza. Sólo México, Lima, Querétaro y otras contadas ciudades, imponen la grandeza de una arquitectura de honda significación humana. Son las ciudades áureas y sensuales, de esplendor y de boato, ricas y rumbosas. Nuestra Colonia, en cambio, es triste como una mortaja, como un yermo, que rodea, no obstante, la decoración de paisajes, ásperos o luminosos, según las regiones. El alma monjil y fanática, se prolonga a lo largo de los siglos; absorbe la penumbra fosca del templo. Es sombría y penitente, sin fulgor, ni espiritualismo. Da vida al fraile mendicante y milagrero. Masas espesas de pueblo se hartan de sufrimiento y de miseria.

Una sola norma: el triunfo del poderoso sobre el débil. La encomienda como única organización. Mas tarde continuará casi idéntica en la era de la libertad teórica, en medio de una democracia nominal a la que se le da el parlamento como una válvula de escape, para su desfogue. Las oligarquías que se suceden, agrícolas, plutocráticas, políticas o militares no son más que continuación de aquella primera oligarquía de los conquistadores y luego de encomenderos. Todas trabajan sobre el mestizaje sumiso y soñoliento que vive inclinado sobre la tierra de las haciendas, en el taller o en la fábrica o devorando su miseria al borde de los grandes yacimientos auríferos o salitrales. Se le enseña a vegetar, no a crear. Se le da por norma, la rutina de iguales trabajos agrícolas o mineros, para todos. Nunca una voluntad

de disciplina, o de elevación que destruya los mitos de la vagancia y del latrocinio sobre los cuales especulan los retóricos y los satisfechos. Y he aquí que lo único que el hombre de abajo crea, como una defensa contra la expoliación, es el vagabundaje. Va de un punto a otro; se para en lugares desconocidos, echa algunas raíces efímeras y una mañana las rompe y huye otra vez a la ventura, . . . Esta errancia interminable se parece a la huída del aborígen al que persigue la furia del conquistador.

Cuando el extranjero penetra siglos más tarde, la realidad de esta sumisión, comprende que su disciplina, su sobriedad, su espíritu de creación es lo que va a constituir el nudo de su riqueza. Ese hombre errante—piensa—es un buen labrador, pero carece en absoluto de facultades creadoras. Sólo el que posee estas condiciones, es capaz de imponer su voluntad, porque la creación es señorío, es dominio. El ojo avizor del europeo ve con terrible claridad el problema de América: problema de indisciplina, de sequedad interior, de indolencia, de cerrazón para el vuelo, de incultura. ¿Por qué domina siempre el más audaz, el caudillaje ignorante, el político aventurero o gestor? Porque se valen de la sumisión general del pueblo y de la corrupción de los mestizos, tan dóciles al halago y a las riquezas fácilmente adquiridas.

Las grandes clientelas políticas o electorales se crean en adelante, por el burocratismo. Al primitivo burocratismo aristocrático, sucede la irrupción vertiginosa del burocratismo mediócrata. No se atiende a la capacidad, sino al número. Trabajan contados hombres esforzados y los otros se entregan al ocio o al placer. Crean así un sórdido materialismo de estado. Se pagan servicios o sumisiones con puestos públicos. De este modo se da el caso monstruoso de un país cuya mitad de población vive del Fisco. El país es un gran fisco y su población, eminentemente fiscal. Ningun-

na virtud creadora encuentra estímulo y de nada serviría, puesto que la prebenda electoral o la canonía burocrática, dan para vivir con tranquilidad, sin afanes y la creación, la iniciativa para emprender industrias o labores productivas, es empresa para extranjeros o para otros individuos. Y lentamente, la riqueza pública o sus fuentes de producción, pasan a manos de los poderosos que viven en otros países. ¿Qué la queda a este pueblo dócil y manso? Una mentira de libertad política. Desde la colonia arrastra su grillete de mansedumbre y sobre el panorama de la perfecta tranquilidad, se mueve una burguesía ávida y ostentosa, una burguesía fiscal, que vive pendiente de las superficialidades europeas, que carece de vida interior, que va a las luchas eleccionarias por apetitos o por odios, que no tiene sentido de la cultura, que desdeña o finge desdeñar todo lo autóctono, por snobismo por ignorancia o por darse tono.

Esta burguesía burocrática, pasiva y rutinaria, desprecia al pueblo del que proviene en gran parte. Lo usa y lo desprecia. Aliada, fundida con las oligarquías políticas y plutocráticas lo elevan en la retórica electoral y lo humillan en la realidad. Hasta un límite cercano a la gran crisis de la civilización burguesa—que es la guerra de 1914—lo manejan como el encomendero de la penumbra colonial: a latigazo limpio. Porque el látigo es no sólo la correa de cuero: es también el orgulloso desdén, es la ignorancia en que lo mantiene, es la choza campesina como para las bestias, es el conventillo sórdido, la cité humosa e infecta, la verborrea de asamblea, el alcoholismo, la sífilis, la hipocresía educacional, la extorsión del latifundista, la exaltación de su rabia sanguinaria en la guerra.

De manera que la supervivencia del sueño colonial fija o da la línea de una trayectoria moral posterior. La colonia—estado de sitio que dura tres siglos—es un nido de intrigas entre los capitanes y los oidores, los

jueces, los obispos y los grandes señores. Revisar el Archivo de Medina, en la Biblioteca Nacional, es asistir, en gran parte, a las disputas lugareñas, a las zancadillas que se hacen los grandes y escuchar, como tras una puerta, los pelambrillos y chismorreos en que transcurre la soñolienta existencia de los súbditos del lejano monarca español. En ocasiones los magistrados se venden por unos cuantos sacos de cereales, y los delitos de las damas o de los soldados quedan impunes, cubiertos por la tierra que sobre ellos arrojan los primeros compadrazgos del país. Ya la tierra es un símbolo y continuará siendo un argumento decisivo para borrar las huellas y las manchas de los delitos políticos o sociales cometidos por los afortunados. Echar tierra es aplastar el sentido supremo de la justicia, es envilecer la conciencia, creando el triste drama interior de la indiferencia y la resignación en todos o en los humildes, un rencor que el tiempo ensancha y encona, cada vez más... Entre tanto, la indiada y el meztizaje asisten, indiferentes, a las intringuillas de los grandes. Se arrastran a lo largo de los caminos o se amontonan en las esquinas bajas o van a la Plaza Mayor a mostrar la escoria de su carne magullada. Son la comparsa en las procesiones religiosas o en las recepciones de los gobernadores y capitanes que vuelven triunfadores de la frontera amagada. Ni más ni menos, que siglos más tarde, cuando los caciques políticos regresan de sus giras electorales y son aclamados por el populacho, expresamente reclutado para ello.

¿Qué diferencia existe entre la lascivia del pechero que viola a las indias o mestizas y el señorito del fundo que hasta hace poco abusaba de las hijas del mayordomo y luego las abandonaba a su suerte? ¿Qué diferencia entre la crueldad del encomendero que castigaba con látigo a los indios o les amputaba los dedos de los pies para que no se fugasen y la de los caciques

o hijos de los caciques que hasta hace poco, a los ladrones de gallinas de sus fundos los hacían colgar y a veces flagelar con sanguinaria inconsciencia?

La aventura tenebrosa y desolada, sobre una tierra a la que no los ata ni un solo vínculo, como no sea el de arrancarle la riqueza que esconde, crea en conquistadores y encomenderos, el más feroz individualismo. El mismo que vigoriza la tensión del encomendero, semejante al señor feudal con el que se siente hermano; el mismo que ensancha más tarde la bárbara pasión del caudillo de las revoluciones que suceden a la independencia, amo y señor de los pueblos sumisos sobre los cuales hace pesar la ley de la horca y del cuchillo. El destino recoge esa obscura tradición y la infiltra en las venas de los delincuentes políticos que han sembrado más tarde el terror en las tierras americanas.

SUMA Y SIGUE

«De los ricos es y ha sido desde la Independencia el Gobierno—escribía Santiago Arcos desde la cárcel de Santiago a Bilbao, en 1852, veinte años después de Zapiola—y agregaba: Los pobres han sido soldados, milicianos nacionales, han votado como su patrón se los ha mandado, han labrado la tierra, han hecho acequias, han laboreado las minas, han acarreado, han cultivado el país, han permanecido ganando real y medio, los han azotado, encepado cuando se han desmandado, pero en la República no han contado para nada; han gozado de la gloriosa independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del Rey. Pero como todos los ricos no encontraban, a pesar de la Independencia, puestos para sí y para sus allegados, como todos no podían obtener los favores de la República, las ambiciones personales los dividieron en dos partidos.»

Y a lo largo de esa carta que es uno de los docu-

mentos más impresionantes del estado social de Chile, cuarenta años después del alba de la emancipación, esta observación, entre otras, que sobrecoge el ánimo:

Regidos por una Constitución viciosa en sus bases y que el primer magistrado de la República pueda hacer cesar siempre y cuando gusta, en Chile el ciudadano no goza de garantía alguna: puede ser desterrado sin ser oído, pueden imponérsele multas. El Gobierno intenta pleito a un ciudadano que hace encarcelar si se presenta a defenderse; en una palabra, el estado de sitio que es la dictadura, que es la arbitrariedad constante siempre amenazando al país, va destruyendo el patriotismo, premiando, como las primeras virtudes del chileno la indiferencia, el servilismo, la delación. Todos sabemos que estos son los requisitos que el Gobierno exige a los hombres a quienes confía los puestos más importantes del Estado.

Sin duda Arcos exagera un poco. No es que toda la masa sea dócil a la presión de ese trinomio moral—indiferencia, servilismo, delación—que bastaría para disolver un pueblo. Pero hay un fondo de dura verdad que el futuro no desmiente. 1850 está dentro de un período social casi virgen. Es la etapa de organización de la República, creada en medio de convulsiones y motines militares. Salvo el empeño de los guías extranjeros contratados para dar un rumbo a la enseñanza, y el de algunos espíritus libres y generosos, nacidos en el país, la casta poderosa de las familias gobernantes, no se interesa por el espíritu. Sólo el mando y el producto de la tierra.

Pequeñas minorías exceden de la férrea realidad sobre la que se construye la arquitectura de la constitución política del país. Son las minorías liberales, románticas y apasionadas, que se baten desesperadamente contra el autoritarismo excesivo y contra la acción perturbadora de la Colonia, encerrada en la aristocracia territorial. Este liberalismo fija una tradición de lucha como fija también una tradición, la oligarquía del mando autoritario. Como siempre, el pueblo

no interviene. Es la masa amorfa, confusa, de indócto destino, llevada y traída al modo del rebaño. La política está manejada, desde el alba, por núcleos poderosos, vinculados por los lazos de la sangre, de los intereses y el dinero. Con ligeras variantes, la República camina, entre esta doble presión política y social que graba cada vez más hondo el ritmo interior que animará o hará estallar las luchas posteriores. Los gobiernos autoritarios o tiránicos no prosperan: se corrompen y caen; los gobiernos liberales, a su vez, son batidos por la presión y el cerco de hierro de las oligarquías conservadoras, dueñas de la tierra y de la riqueza, orgullosas y dominantes, que no pueden tolerar los gobiernos populares. Al irrumpir éstos en el gobierno, se descomponen, por la acción del sensualismo, por la carencia de una cultura política y moral, sólida que los defienda del materialismo, del vértigo de la altura, del inquieto afán de acaparar puestos, de la agotadora idea de que el dinero es el fin supremo de la vida y del valer personal. En este sentido igual que las oligarquías de todo orden, llegan rápidamente a la total podredumbre.

De inmenso cuartel y de inmenso templo que era el país durante la Colonia, se ha transformado en un inmenso latifundio. En todo caso es la supervivencia de la encomienda que se extiende entre esos dos magnos poderes y que son los que modelan la fisonomía moral del país. Cuando surgen a la vida las instituciones democráticas o los hombres libres que aspiran a reformar el orden de cosas establecido, pronto se les neutraliza o se les aplasta: Arcos, Bilbao, la Sociedad de la Igualdad, Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui, los primeros radicales de austera prosapia: los Matta, Recabarren, etc. Esta lucha no cesa un punto a través del drama político que es con frecuencia una comedia de ficciones, entre los partidos que se unen por intereses de grupos, de clanes, para mantener el predo-

minio en el gobierno. Mezclas híbridas, componendas de fracciones antípodas en la ideología, pero conectadas por idéntico interés material; alianzas liberales, conservadoras, o radicales o bien liberales-conservadoras, tiran del carro, entre la mansedumbre proverbial del pueblo, sumiso, ignorante, desparramado a lo largo del país y apenas consciente de las luchas que se promueven en la capital.

El único destino de este pueblo, que hasta el drama del 91 no tuvo conciencia de su destino social, era vegetar o vagar de un extremo a otro del territorio. Tan pronto cargaba riqueza en Tarapacá, u horadaba las tierras del oro como arrastraba lanchones a lo largo del Maule o en las faenas del carbón, se sumergía en los pozos mortales, sin esperanza de redención. De pronto se le iluminaba, con una vaga conciencia, su condición miserable. Y eran los meetings del 78, del 88 o las huelgas sangrientas de 1903 y 1905 en Valparaíso y Santiago. Latidos sombríos de un pueblo que quería sobrepasar la condición penosa del siervo. Y nada más. Volvía a caer en la inercia sumisa, justificando la leyenda de su silencio y de su pasividad.

Pueblo vigoroso... pueblo fuerte... decían los anuncios oficiales y los textos de enseñanza para las escuelas primarias y secundarias. Se había formado una conciencia entre los que estaban bien de salud, respecto de la energía vital del pueblo. Pero el latifundio tenía chozas de totora cuyos interiores eran lodazales; antros oscuros e infectos, el suburbio; cuarteríos que eran pocilgas fétidas, las ciudades; la pampa, casas infernales; las regiones del carbón viviendas insalubres; pozos, todas, de las plagas que han llenado la tierra de los cementerios, que han destruído en flor, al nacer, centenares de miles de vidas. Este pueblo vigoroso; este pueblo fuerte, nunca tuvo la sensación del hogar. Fué errante por odio, por odio instintivo de la carne humillada, al rancho palúdico, al que debía volver por

la tarde, para derrumbar en él, su carga de huesos fatigados, en medio de un ambiente espeso de miseria, lodo e inmundicias.

Era natural que ese cubil expeliera al hombre en lugar de retenerlo. También se formó la leyenda del peón vagabundo. Pero si es verdad, que hay una raíz ancestral de fuga, en el hombre del pueblo, no es menos cierto que el lazo familiar se anuda con más fuerza, cuando hay un sitio propio que acoge y reconforta. Por lo menos, ese Estado que formó en sucesivas revoluciones, la aristocracia territorial—forma semejante al Estado de los señores de esclavos, en la Antigüedad, al Estado de la nobleza feudal, en la Edad Media y al Estado de la burguesía, más tarde—ese Estado sobre el cual impuso su fuerza Portales y su ley, Montt, nunca, en ese tiempo, ni más tarde consideró la orfandad material y moral del pueblo. Se legisló para la burguesía o para las clases poderosas; se fundaron Institutos de enseñanza, la Escuela de Artes y Oficios, Escuelas Normales, etc. Pero no se redimió al pueblo de su condición de siervo, ni se le dignificó por la cultura o por la higiene. El terrateniente o el hombre poderoso de las ciudades, torcían el gesto cuando se les hablaba de la condición espantosa en que vivían los inquilinos y los obreros. «Están acostumbrados a la mugre...—respondían.—No pueden vivir en otra forma...» Para el paso de una ley de instrucción primaria y obligatoria cumplida sin decisión ni entusiasmo, sin una conciencia superior de la cultura en su sentido de expansión y de penetración, se gastaron océanos de tinta y torrentes de palabras. Fué, sin duda, un gran ariete y se comprende que la obstaculizaran tanto las oligarquías.

Las generaciones posteriores recibieron hecha la psicología de encargo que condenaba a irremediable decadencia la raza vencedora en tantas guerras. Se decía que era un pueblo flojo, ladrón, andariego, amigo

del alcohol y de la aventura; manso, sumiso, leal como un perro, valiente en la guerra, socarrón, fatalista. Tiene sueño de marmota y despertar de león: decían los psicólogos del tiempo pasado. Sobre este cuadro moral se fundó nuestra conformidad y nuestro orgullo y lo que es más sugestivo, toda la arquitectura de la psicología que más tarde debían exaltar, sociólogos y escritores. Uno que otro quebró la regla. Pero no es este el momento para reevaluar la posición de los que han penetrado en profundidad, la médula de su raza.

LA CLASE MEDIA

La clase media recoge también esta psicología mórbida del carácter del pueblo. La clase media es el pueblo enriquecido, el artesano sobrio, el profesional, el campesino hijo de mayordomos, el extranjero de las inmigraciones, el maestro, el comerciante, el pequeño industrial, en suma, una porción social fragmentaria, sin ubicación, sin disciplina, que aspira a competir con la aristocracia cuyas costumbres y modos de vida quiere imitar a toda costa. Esta clase carece de la conciencia de clase. Nadie quiere ser clase media, medio pelo. El típico medio pelo del siglo XIX que se granjea la burla y la ironía de la aristocracia. El siútico es el tipo de la clase media. Pesa sobre ella un estigma que el tiempo no desvanece. Es la fisionomía confusa, borrosa, entre el esplendor de la nobleza y la hirsuta maraña del pueblo. La clase media crece en el trabajo, en la monotonía de los talleres, en la trastienda de los negocios, en los Liceos, en las escuelas normales, en la Universidad, en los barrios un poco apartados del centro de las ciudades. Hubo familias en las capitales de provincia que tardaron cincuenta años en llegar a la cercanía de los barrios aristocráticos que eran los que ceñían la plaza principal o de Armas. Hicieron la

larga jornada, por etapas, a medida que aumentaba la riqueza y las familias nobles se hundían en la decadencia económica. Entre tanto, las hijas de los mediócratas, buscaban contacto con las niñas aristocráticas. Iban a los mismos colegios, en los cuales comenzaba por hacérsele burlas. Los hijos iban a los Liceos o a la burocracia. La oligarquía política le dió puestos al hijo del elector de la clase media en pago de sacrificios electorales. El profesional se casaba con las hijas de los aristócratas venidos a menos. El hijo de éstos, con las niñas de la clase media enriquecida. Y ambos creían hacerse un mutuo favor...

Las crisis económicas profundas que abatieron a las grandes familias patricias, modificaron el cuadro social rígido que fué la norma hasta antes de la guerra del 79.

La riqueza fabulosa del salitre, dió vida al «parvenu» ostentoso, desorientó a las familias tradicionales con el vértigo del lujo y de la frivolidad, provocó las emulaciones perturbadoras, irritó el orgullo de la casta aristocrática y arrojó en el corazón de la juventud el frenesí del goce fácil. El desprecio de la aristocracia contra las familias enriquecidas—fenómeno que la generación de hoy pudo apreciar antes del advenimiento de la revolución espiritual de 1920 que es la ruptura definitiva con el pasado colonial y el primer y gran golpe a los mitos de la superstición oligárquica—o contra los elementos del medio pelo que se destacaban por su capacidad, era, en el fondo, temor a la suplantación inevitable ya, porque la clase media, por la perseverancia que su propia vida gris le imponía, por el deseo de saber y de triunfar, comenzaba a llenar todos los sitios de la organización política y administrativa. En general, las clases aristocráticas fundaron su orgullo, en la generosidad de las tierras que les pertenecían. Los grandes fundos representaban la tradición, el señorío, la sangre y la energía de los grupos sociales de selección. Un gran fundo era una pa-

tente de aristocracia y de dominio. Era el departamento electoral. La dominación sobre la ciudad cercana. El mando sobre la autoridad de intendentes o gobernadores. En fin, era el sillón de senador o lo que es lo mismo, el predominio en el gobierno central.

Pero no siempre le era dado a los descendientes mantener el vigor y la obstinada constancia de los antepasados, hombres de vida sobria, tozudos y enamorados de la tierra. El joven aristócrata se malogró por la riqueza y el ocio. Dedicó su existencia al placer, a viajar, a divertirse. La familia le adquiría el título de diputado y eso bastaba. Era la patente del dominio. En la capital o en las provincias, muerto el jefe del hogar, los herederos de las grandes fortunas y de las grandes haciendas, utilizaban el teléfono, según la observación de Mariano Latorre, para llamar a sus mayordomos y consultarlos, desde las mesas del Club acerca de los detalles de las faenas agrícolas o bien, antes del teléfono, una vez por semana, iban en carruaje al fundo y regresaban por la tarde y penetraban a la ciudad por la calle principal del pueblo, al galope de los cuarterones en medio de la expectación de los paseantes que se decían, unos a otros: «Es el hijo de don José María, que viene del fundo...» Y hasta la otra semana, no se repetía la inspección de los trabajos.

El goce arruinó lentamente a casi toda la aristocracia y las grandes especulaciones del salitre o de la bolsa, elevaron familias oscuras y abatieron a otras, en medio de la áspera irritación de los espíritus. No había más consigna que el dinero. Comenzó la acumulación de riquezas por el fraude y la rapiña. Advendizados ambiciosos, sin escrúpulos, capaces de todas las impudicias, compraron y vendieron favores, corrompiendo la justicia y desmoralizando los restos de la antigua disciplina social.

La tierra se entregó así lentamente a otros hombres.

Parte de la tierra generosa, fresca y profunda, que erigió una nueva aristocracia de advenedizos, sin pasión ni grandeza moral. Esta casta por ambición de lujo y de placer, hipotecó las tierras, malgastó su riqueza, se hizo ostentosa y acabó casi en la ruina. Era aristocracia de salitreros, de abogados, de caciques políticos, de especuladores. Heredó el desprecio por la vida espiritual, no se preocupó de fortalecer su vida interior y fincó todo su orgullo en viajar por Europa, esperando que las tierras sudaran todo el oro que exigían sus placeres. Compuesta de elementos heterogéneos, especuló en la política, creando nuevas normas de vida. Los descendientes todavía eran diputados o senadores y mezclada con los restos de la aristocracia antigua, fundida por los lazos de la sangre y del dinero, avanzó en medio de la descomposición, sin preocuparse del pueblo, cuya conciencia de clase era cada vez más robusta.

La clase media dió todas las reservas al profesionalismo, a la burocracia, a la cátedra o al ejército. Como era una clase gris, que se empeñaba en trepar hacia la aristocracia, despreciaba a su vez, al pueblo de donde había brotado. Esta clase nació tímida, por lo mismo que no tuvo el instinto de la rebeldía social. Sentía en la raíz la humillación del pueblo al que consideraba holgazán y vicioso. Se ruborizaba ante la aristocracia a la que creía una entidad de origen divino. No examinaba el fondo de las mezclas sociales. Lo único que veía era la exterioridad brillante, los carruajes, las grandes residencias lujosas, los criados de librea, el palco en la ópera. La clase media era el antiguo anfiteatro de las salas de espectáculos. La platea era una mezcla de grupos de clase media enriquecida, con aristocracia venida a menos o extranjeros que se habían casado con las llamadas niñas bien. Los palcos eran la nobleza. Arriba, en la galería, sitio de incomodidad y apelo-tonamiento, gruñía la masa anónima, la exudación del

conventillo o la cité. Hasta hace algunos años, antes de 1920, las familias de la clase media enriquecida que alguna vez iban a los palcos, se ruborizaban. Temían las miradas de las damas aristocráticas, miradas incisivas penetrantes, irónicas, que parecían decir: «Y estas siúticas intrusas?...» En las ciudades de provincia, ocurrió muchas veces que en algunas fiestas o bailes, las niñas de la clase media enriquecida que eran llevadas por sus padres—hombres con vinculaciones agrícolas o comerciales con aristocratas—eran dejadas solas en los rincones del salón, sin que ningún joven bien las sacara a bailar. (1)

Todo esto constituía una parte de la humillación de una clase, sin sentido de clase. Clase inorgánica, como encajada entre dos grandes fracciones hostiles; una la despreciaba por advenediza o siútica, la otra porque sufría el amargo desdén del padre que se siente desconocido por el hijo petulante. Si esa clase hubiera sentido la fuerza medular de su destino histórico—al modo de un fiel disciplinado, culto, potente en una balanza de orgullos y de miserias—tal vez hubiera modificado o detenido esta corrupción moral que ha determinado la quiebra de las organizaciones políticas y sociales del país. Pero desde la Colonia, la vida social se mostró en dura separación de castas. Ricos y pobres, conquistadores y conquistados. Oidores, capitanes e indios. El mestizo asomó con timidez su cabeza

(1) Pocos años después de 1900, ocurrió una vez, en un curso universitario de derecho, lo siguiente: el profesor interrogó a varios alumnos de resonante apellido tradicional, que se sentaban por lo general, allí como en los Liceos, en los bancos cercanos al escritorio del profesor. Los interrogó, con melosa amabilidad, uno por uno, nombrándolos por sus apellidos. Como ninguno de ellos respondiera a la pregunta formulada, el maestro, con un gesto enérgico de su brazo, dirigiéndose al montón anónimo, como quien dice, el estado llano, exclamó: «A ver entonces, uno de esos...».

Uno de esos, sin nombre, partícula de la parte siempre confusa de la sociedad, sin apellido de relumbron, el pobre diablo o el siútico, que sería más tarde, abogado, médico, profesor o diputado, pero que llevaría adentro, en lo más oculto del espíritu, la herida sin cicatrización posible, y que el tiempo encona, en los ambientes del meztizaje, del orgullo estéril y de la vanidad enfermiza: los países hispanoamericanos.

greñuda, que recordaba al indio o bien sus ojos azules o su barbilla untada de rubio, que traía a la mente la imagen del soldado garboso y pendenciero de la Colonia.

No ha existido en esta clase, cuyo destino debió ser como en algunos países europeos: un equilibrio entre las fracciones antípodas, de pueblo y nobleza—un sentido vigoroso de excepción, de disciplina, de orgullo. No el estéril orgullo de la vanidad ostentosa del dinero, sino el superior instinto que se apoya en la fuerza de derechos, legítima y honradamente adquiridos. Una clase que opusiera o mantuviera, por el esfuerzo continuado de su cultura espiritual, un límite a la descomposición inevitable de las aristocracias que se entregan al placer y al ocio y un ejemplo de sobriedad, de austeridad y de belleza moral para un pueblo pobre al que hay que dignificar y redimir de su condición penosa de expoliado, franqueándole las prerrogativas que las oligarquías políticas o plutocráticas se niegan a conceder. En cambio esta clase no hacía sino suspirar hacia arriba, de donde por lo general, sólo caían miradas misericordiosas o francamente sarcásticas. Entregada a la burocracia, se descompuso como la otra. Se hizo fiscal. Cayó en la ostentación irreflexiva, en el orgullo vacuo, en la imitación incondicional que busca hasta los defectos para mejor parecerse a la clase superior. La sospecha del triunfo en los comicios electorales, bastaba para llenarle de humos la cabeza. Porque en los núcleos sociales en que no late un hondo sentido humano de la cultura, un espíritu religioso superior, la conciencia de una fuerza moral enaltecedora, se sacrifica todo al predominio del vientre y se acaba por aceptar, con resignación y manse dumbre, siniestras, las más bochornosas humillaciones.